

Menegilda de la derecha

Santos Juliá, El País, 01/06/1997

En la noche del viernes 22 de julio de 1994 -una fecha para la historia-, Julio Anguita fue a cenar a casa de Pedro J. Ramírez, a la que también había sido invitado José María Aznar. Fue para él, según cuenta la autorizada cronista del feliz encuentro, una noche "importante", pues allí quedó acordada una política que tenía el "objetivo común" de derribar desde orillas opuestas a Felipe González y al Gobierno socialista. El miedo a aparecer como protagonistas de una versión española de la pinza griega, que tan desastrosos resultados acarreó a aquellos pinzantes, exigió a los reunidos afinar el alcance de su histórico acuerdo: no se trataba de firmar un pacto de legislatura, sino de atacar al partido socialista para luego, una vez Aznar en el Gobierno, prestar el apoyo de Izquierda Unida a todas las medidas "regeneracionistas" que le fueran requeridas por el Partido Popular.

Desde aquella cena entrañable, los resultados cosechados por la derecha con su política de alianza vergonzante con el PCE han sido muy alentadores, no ya porque González saliera, efectivamente, de La Moncloa, sino porque Aznar se puede mantener en ella gracias a un diseño de ingeniería política que consiste en disponer de mayorías alternativas con el voto fijo del PNV. Si los proyectos de ley enojan a los nacionalistas catalanes, allá están los Frutos, Alcaraz y Aguilar levantando la mano para ayudar a la derecha a salir del paso; si, por el contrario, el proyecto de ley tropieza con el rechazo de los comunistas, siempre se pueden poner las cosas de manera que se ofrezca algo atractivo a los nacionalistas catalanes. De esta forma, el PP aparece como eje de una coalición que va desde IU hasta CiU y que le permite gobernar sin miedo a perder nunca la mayoría ni ser acusado de prisionero de los nacionalistas o rehén de los comunistas. Como técnica para conservar el poder, estos aventajados políticos nada tienen que aprender de Maquiavelo.

Para los comunistas, sin embargo, los primeros resultados de su política a la griega fueron mucho más frustrantes. Ante todo, quedaron lejos de sobrepasar a los socialistas y sufrieron una espectacular derrota en aquel banco de prueba de la virtualidad de su pinza que fueron las elecciones andaluzas. No les importó

demasiado. Apostando por el futuro, el PCE mantuvo sin pestañear la misma dirección: si el primer objetivo de echar a González de La Moncloa se había conseguido de inmediato, el segundo, arrinconar al PSOE en una esquina del cuadrilátero, tenía que estar al caer. No había más que seguir golpeando donde más dolía para que el PSOE, además de salir del Gobierno, fuera expulsado de la política.

Todo indica que la obcecación en esa política puede llevar a las dos formaciones que lideran Julio Anguita y la guardia pretoriana del PCE a la fragmentación y al colapso. Al revés sufrido por IU en Andalucía ha seguido en el plazo de un año una escisión de hecho de Iniciativa per Catalunya, una rebelión en toda regla de Esquerda Unida en Galicia, y el comienzo de lo que promete ser expulsión de Nueva Izquierda. En todos los casos, la razón de la ruptura es la radical divergencia en política de alianzas. Los escindidos y amonestados optan, para no actuar en solitario, por políticas de acercamiento al PSOE. A Julio Anguita, sin embargo, le importa - como dijo en cierta ocasión- una higa quedarse solo.

En realidad, desde la cena con Ramírez y Aznar, nunca lo ha estado. En el relato de lo allí tratado quedó claro que "el camino de entendimiento entre PP e IU no tenía marcha atrás". Ahora se comprueba que la cronista disponía de información privilegiada: el PCE ha optado por una alianza especial con el PP. Es pronto para aventurar los resultados que esta audaz política cosechará en el futuro. Pero si el final es incierto, a medio plazo ha conseguido lo nunca visto: romper Izquierda Unida y convertir al Partido Comunista en la menegilda de una derecha autoritaria y populista.

La violación del lenguaje

Santos Juliá, El País, 27/04/1997

Parece ser que el gran debate político de los tiempos presentes gira en torno a un descodificador. A diferencia de lo ocurrido con otros proyectos legislativos, empantanados o retirados después de conocidos sus borradores, el Gobierno ha echado toda la carne en el asador para sacar adelante a uña de caballo dos leyes destinadas a proteger ese ámbito tan sensible de nuestros derechos fundamentales como son el acceso a la televisión digital y a los partidos de fútbol. Poseído de encomiable celo por la defensa del interés general, el Congreso ha decidido compartir los desvelos de los diferentes ministerios y de los extraños compañeros de viaje implicados en la operación y garantizar a todos los ciudadanos, incluso a los que no piensan alquilar ni comprar en su vida uno de esos litigiosos utensilios, la libertad amenazada.

Toda esa cruzada para imponer un descodificador inexistente y cargarse otro en activo resultaba más o menos grotesca y arbitraria hasta que se ha intentado justificar con el recurso a las grandes palabras que constituyen herencia de las tradiciones liberal y marxista. Si se cree al Partido Popular y al presidente Aznar, con la aprobación del proyecto de ley por el Congreso, la soberanía nacional ha optado por un tipo de descodificador y no hay ya lugar para el debate. Habló la soberanía nacional y punto en boca: no hay más que hablar. Pero, si se cree al Partido Comunista y a su portavoz Alcaraz, eligiendo un determinado electrodoméstico -voz con la que Alcaraz ha identificado al artefacto en cuestión-, los diputados que han votado "sí" al proyecto del Gobierno han optado por el progreso y por incorporarse a las filas de la lucha contra los monopolios. La nación ejerciendo como un todo la soberanía es metáfora muy querida de las huestes liberales; la lucha contra la oligarquía, con las masas guiadas por el partido de vanguardia, es imagen central de la tradición marxista. Y mire usted por donde un descodificador ha venido a unificar el discurso de dos tradiciones que se tenían por enfrentadas desde sus mismos orígenes.

Eran, antes de su degradación, palabras sublimes impregnadas de cierta aura sagrada, como religiosa. Los liberales del siglo pasado arriesgaban la vida cuando hablaban de soberanía nacional, de libertad, de intereses generales, de progreso. Los marxistas de las diversas ortodoxias conocieron años de cárceles

por empeñarse en su lucha por la igualdad contra los poderes monopolistas. Unificando el lenguaje liberal con el marxista, lo que nos vienen a decir Aznar y Alcaraz es que ya no estamos en el siglo XIX, ni siquiera a mitad del XX; que ya hemos entrado en el país de las maravillas: aquél en el que el discurso marxista ratifica al liberal y el liberal argumenta como si fuera marxista. Un breve análisis estadístico del léxico utilizado por Aznar y Alcaraz para cantar las excelencias del descodificador de marras muestra que las tradiciones liberal y marxista no eran paralelas destinadas a darse la espalda hasta el infinito, tampoco tangentes que en algún momento se cruzarían para alejarse de nuevo, sino convergentes que acaban de fundirse por un milagro de la técnica multicrypt.

Contemplar cómo los dos grandes léxicos políticos que han atravesado toda la historia de Europa desde la Revolución Francesa hasta antes de ayer se unifican en boca de populares y comunistas gracias a un misterioso artilugio producirá en los muy jóvenes un encogimiento de hombros, pero a los mayores no puede ocasionarnos sino cierta melancolía. A esto ha venido a parar la mejor herencia liberal y progresista: a palabras vacías o, más que vacías, violadas, forzadas a significar lo contrario para lo que fueron inventadas. Soberanía nacional, interés general, libertad, progreso, igualdad: cuando uso una palabra, replicó Humpty Dumpty a Alicia, significa lo que yo quiero que signifique, ni más ni menos... La cuestión es saber quién manda aquí. Eso es todo.

Solos en su orilla

Santos Juliá. El País, 14/09/1997

Pronto hará diez años que el mundo comunista, tras el último resplandor crepuscular de la perestroika, entró en un acelerado proceso de descomposición que lo llevó directamente al lugar previsto por los bolcheviques para sus enemigos, al basurero de la historia. El renegado Kautsky había tenido razón frente al ortodoxo Lenin, y aunque no faltaron quienes, por consolarse, achacaron todas las culpas al largo asedio capitalista, la verdad del caso fue que el comunismo se derrumbó porque llevaba la carcoma dentro de su esqueleto.

Algunos, sin embargo, no se enteraron y el día siguiente al derrumbe se dijeron que ellos nada tenían que ver con sus todavía humeantes ruinas. A mí que me registren, vino a decir Julio Anguita, y su guardia pretoriana le respondió a coro: esto no va con nosotros. Mantuvieron, pues, el nombre glorioso de comunista y, frente a la bofetada de los hechos, reafirmaron la validez eterna de los postulados finales. Libres de la losa del socialismo real, se proclamaron propietarios únicos del verdadero socialismo, una bonita manera de reconocer que la verdad no es real a costa de negarse a aceptar que la realidad sea verdadera.

Reconfortados con semejante argumento, pero sin tenerlas todas consigo, los comunistas españoles decidieron mantener por un tiempo ocultas sus vergüenzas históricas -y hasta se enojaban si alguien les llamaba por su verdadero nombre- bajo la blanca túnica de Izquierda Unida. Con la utopía y la verdad por delante y con la unión de izquierdas por detrás -y con Ramírez y Aznar iluminando el camino común hacia la victoria final-, creyeron disponer de fuerza, razón y luz suficientes para desplazar a un partido socialista más renegado aún que el renegado Kautsky como partido hegemónico de la izquierda. Todos contra el PSOE fue la alegre consigna de tan lúcida estrategia.

El fracaso de esa operación, sin llegar a ser histórico, fue estrepitoso: llevó a la derecha al poder sin que por eso avanzaran ni un milímetro hacia la utopía las aguerridas huestes de la izquierda unida. Pero de igual manera que los comunistas españoles no sacaron las consecuencias del derrumbe del socialismo real, tampoco parece haberles preocupado sobremanera la lección más contundente de su derrota electoral: que en ningún país europeo es

posible una alternativa de izquierda construida de espaldas o contra la socialdemocracia y que, por tanto, cualquier política que no tienda a reparar los puentes bombardeados en 1917 será quizá pan para hoy, pero es con toda seguridad hambre para mañana. En definitiva, que la escisión de la izquierda, vacía de razones históricas y despojada de concretos contenidos políticos tras la desaparición de los regímenes comunistas, sólo sirve para perpetuar el gobierno de la derecha.

Pero a alguien que trabaja con la vista puesta en la eternidad ¿qué pueden importarles estos vulgares accidentes del camino? Al fin y al cabo, confirmar la derecha en poder, visto a la clara luz que proporciona sentirse habitante de la utopía, es lo mismo que favorecer el retorno del PSOE, sea o no en alianza con otras fuerzas de izquierda. Por eso, un verdadero comunista, sobre todo si es español, nunca podrá entender que alguien desde la izquierda trabaje por un entendimiento con los socialistas. Si el verdadero comunista se declara habitante del exclusivo espacio de la luz y la razón, jamás podrá percibir un terreno político en el que sea posible tal acuerdo con quienes únicamente pretenden gestionar el sistema de otro modo.

Y así, satisfechos por el logro de su primer objetivo estratégico -desplazar al PSOE del Gobierno-, los comunistas se presentan ahora exaltados con la perspectiva abierta por tan original descubrimiento: constituirse retóricamente en única oposición antisistema. Cualquiera que haya trabajado en la dirección de forjar alianzas electorales con el enemigo principal del comunismo -que es desde 1917 la socialdemocracia- es un desleal, un traidor, un invitado al gran banquete que acude con la intención de ensuciar los manteles.

Un gran banquete: eso es lo que espera al Partido Comunista de España después de la última gran purga emprendida por sus dirigentes. Un gran banquete en el que acabarán por comerse a sí mismos como todos los naufragos en las islas de la historia. La siempre adusta Rosa Aguilar quizá lo vislumbra cuando fuerza su triste sonrisa de medio lado para anunciar que al fin se han quedado solos en la "orilla correcta". En su orillita, con la verdad y la utopía, liberados de desleales y traidores, lejos de renegados, ya tendrán tiempo de ir despedazándose los unos a los otros. Cualquier cosa con tal de que el banquete continúe y no falte la música.